CONFORMIDAD

CON LA

VOLUNTAD DE DIOS

OBRA ESCRITA

Por S. Alfonso Ligorio;

TRADUCIDA POR

D. Joaquin Roca y Cornet,

Redactor del antiguo periódico LA RELIGION.

TERCERA EDICION.

CON LICENCIA.

BARCELONA:

IMPRENTA DE PONS Y C.ª, CALLE DE COPONS, N.º 4

1853.

El Traductor.

Este breve tratado en el que se inculca la obligacion que tenemos todos de conformarnos con la voluntad de Dios, es digno de toda nuestra atencion. Esta conformidad, en la que debemos estar todos, no es solamente una obligacion de aquellas personas que se ocupan en las cosas ascéticas y devotas, es un deber general de todas las criaturas racionales. S. Alfonso Ligorio podia

esplicar esta materia de tanto interés y tan digna de ponerse en práctica por otro estilo y darle un aire de originalidad; pero este Santo quiso mas bien acomodarse á las maneras de nuestros místicos, y en particular del P. Rodriguez; y así es que está al alcance de todo género de lectores. Un estilo escolástico habria incomodado y una manera metafísica no podia servir sino para los que están iniciados en los misterios de aquella ciencia, que está elevada sobre el nivel del comun de los hombres.

Por otra parte, para manifestar que el hombre no debe querer sino lo que Dios quiere, no se necesita discurrir mucho. Porque, ¿qué quiere Dios? ¿á donde se encamina el cuida-

do que tiene de nosotros? al logro de nuestra felicidad, á que consigamos la dicha celestial. Pues si Dios no quiere mas de nosotros sino que seamos felices en este mundo, y despues logremos el complemento de esta felicidad en la Jerusalen celestial, no puede haber inconveniente alguno en que no queramos sino lo que Dios quiere. El que lea este tratado se persuadirá mas y mas de esta verdad, cuando vea que el mismo Jesucristo es un modelo perfectísimo de esta conformidad con la voluntad de Dios; cuando vea que todos los santos y los hombres mas virtuosos siguieron este camino sin desviarse jamás; y cuando vea que el mismo Dios confiesa con su palabra que todos no debemos querer sino lo que

él quiere. Pues almas devotas y piadosas, seguid siempre conformándoos con la voluntad divina, porque ella es la regla invariable de todas nuestras acciones; y si no la perdemos de vista nos conducirá á la gloria de la Jerusalen celestial.

DE LA CONFORMIDAD

CON LA

VOLUNTAD DE DIOS.

—

TODA nuestra perfeccion consiste en amar á nuestro amabilísimo Dios. *La caridad es vínculo de perfeccion.* (*Coloss.* 3.) Mas toda la perfeccion del ámor á Dios consiste en unir con su santísima voluntad la nuestra propia. El principal efecto del amor, dice

S. Dionisio Areopagita *(de Div. Nom. c. 4)*, es el estrechar la voluntad de los amantes de modo que los dos tengan el mismo querer. Y por esto cuanto mas íntimamente unida esté el alma con la divina voluntad, tanto mas ardiente será su amor. Y si bien son del agrado de Dios las mortificaciones, las meditaciones, las comuniones, las obras de caridad hácia el prójimo, pero, ¿cuando lo son? cuando van conformes con su voluntad; pues cuando no hay en ellas la voluntad de Dios, no solo deja de agradecerlas, sino que las abomina y las castiga. Si hubiese en una casa dos criados, el uno de los cuales trabajase todo el dia sin descanso, pero lo hiciese todo

á su gusto, y el otro, trabajando menos, obedeciese en todo á su amo, sin duda que este amaria al segundo y no al primero. ¿De qué sirven nuestras obras á la gloria de Dios, cuando no son segun su beneplácito? No quiere el Señor sacrificios, dijo el profeta á Saul, sino la obediencia á su querer. *Numquid vult Dominus holocausta, et victimas, et non potius ut obediatur voci Domini?.... Quasi scelus idololatriæ est nolle acquiescere.* (1. *Reg.* 15, 22.) El hombre que quiere obrar por voluntad propia, prescindiendo de la de Dios, comete una especie de idolatría, porque entonces, en vez de adorar la voluntad divina, adora en cierto modo la suya.

La mayor gloria, pues, que podemos dar á Dios es cumplir en todo con su santa voluntad. Nuestro Redentor que vino al mundo á establecer la gloria divina, trató de enseñarnos principalmente esta verdad con su ejemplo. Ved ahí como le hace hablar S. Pablo con su eterno Padre: *Hostiam et oblationem noluisti, corpus autem aptasti mihi: tunc dixi: ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam.* (*Heb.* 10, 5.) Rehusado habeis las víctimas que os han ofrecido los hombres: vos quereis que os sacrifique el cuerpo que me habeis dado, aquí me teneis pronto á hacer vuestra voluntad. Y repetidas veces declaró formalmente, que él habia venido al mundo no para hacer su voluntad sino para

cumplir la de su Padre. *Descendi de cœlo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus qui misit me.* (*Jo.* 6, 38.) Y por esto quiso que viese el mundo el amor que á su Padre tenia, obedeciendo su voluntad, que le queria sacrificado en una cruz por la salud de los hombres. Esto mismo dijo en el huerto cuando salió al encuentro de sus enemigos, que venian para prenderle y conducirle á la muerte: *Para que conozca el mundo que amo á mi Padre, y que obro segun las disposiciones de mi Padre; levantaos, salgamos de aquí.* (*Jo.* 14, 31.) Hasta llegar á decir que solo reconocia por hermano al que cumpliese la divina voluntad. *Qui fecerit voluntatem Patris mei, ipse*

meus frater. (*Matt.* 12, 50.)

Así que, todos los santos no han tenido siempre otra mira que hacer la divina voluntad, conociendo claramente que en esto se cifraba toda la perfeccion de una alma. Decia el beato Enrique Suson (1. 2. c. 5): *No quiere Dios que abundemos en luces, sinó que en todo nos sometamos á su voluntad.* Y Santa Teresa decia: *Todo lo que debe procurar el que se ejercita en la oracion es conformar su voluntad con la divina, y esté seguro que en esto consiste la mas elevada perfeccion. El que con mas escelencia lo practique, recibirá de Dios mayores dones, y hará mayores progresos en la vida interior.* La beata Estefanía de Soeino, dominicana, es-

tando un dia arrobada en éstasis, vió en el cielo algunas personas á quienes en vida habia conocido, colocadas entre los serafines, y se le dijo que aquellas almas habian sido sublimadas á tanta gloria, por la perfecta uniformidad que habian tenido en la tierra con la voluntad de Dios. Y el ya citado beato Suson, hablando de sí, decia: Antes quisiera ser un gusano el mas vil de la tierra con la voluntad de Dios, que un serafin con la mia propia.

En este mundo debemos aprender de los bienaventurados del cielo el modo con que debemos amar á Dios. El purísimo y perfecto amor que tienen á Dios los bienaventurados en el cielo consiste en la

perfecta union con su divina voluntad. Si los serafines conociesen ser su adorable querer el que se empleasen por toda la eternidad en contar las arenas de las orillas, ó en arrancar las yerbas de los jardines, lo harian al momento con sumo placer. Aun mas, si Dios les indicase que fuesen á arder en las llamas infernales, precipitaríanse al punto en aquel abismo de fuego para cumplir la voluntad de Dios. Y esto es lo que nos enseñó á pedir Jesucristo: seguir la divina voluntad en la tierra como lo hacen los santos en el cielo. *Fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.* (*Matt.* 6, 9.)

Llamaba el Señor á David hombre cortado segun su corazon, porque David cumplia en todo su

voluntad: *Inveni virum secundum cor meum, qui facit omnes voluntates meas.* (*Act.* 3, 22.) David estaba siempre dispuesto á abrazar la voluntad divina, como tan á menudo se lo decia: *Preparado está mi corazon, ó Dios, preparado mi corazon.* (*Ps.* 107, 1.) Y no pedia al Señor otra cosa sino que le enseñase á cumplir su voluntad: *Doce me facere voluntatem tuam.* (*Ps.* 142, 10.) Un acto de perfecta conformidad con el querer divino basta para hacer un santo. Mientras que Saulo corre persiguiendo la Iglesia de Jesucristo, Jesucristo le ilumina y le convierte. ¿Qué hace Saulo? qué dice al momento? Una sola cosa: ofrecerse á cumplir su voluntad: *Domine, quid vis me facere?* (*Act.* 9,

6.) Y ved ahí que el Señor le declara vaso de eleccion y apóstol de las gentes: *Vas electionis est mihi iste, ut portet nomen meum coram gentibus.* (*Act.* 9, 17.) Y en verdad, pues el que da su voluntad á Dios se lo da todo; y el que le da sus vestidos con las limosnas, su sangre con las maceraciones, su manjar con los ayunos, da á Dios parte de lo que tiene; mas el que le da su voluntad, se lo da todo, de manera que puede muy bien decirle: Pobre soy, Señor, pero os doy todo lo que puedo; dándoos mi voluntad, no tengo mas que daros. Y esto es cabalmente lo que de nosotros pretende nuestro Dios: *Fili mi, præbe cor tuum mihi.* (*Prov.* 23, 1.) Hijo, dice

el Señor á cada uno de nosotros, hijo mio, dame tu corazon, esto es, tu voluntad. *Nada*, dice S. Agustin, *podemos ofrecer à Dios que le sea tan agradable, como decirle: Señor, seamos todos vuestros.* Y en verdad, no podemos hacerle ofrecimiento mas grato á sus divinos ojos que este: Señor, poseednos, os damos toda nuestra voluntad; hacednos conocer lo que de nosotros quereis, y nosotros lo cumpliremos al instante.

Si queremos, pues, complacer enteramente el corazon de Dios, procuremos en todo conformarnos con su divina voluntad; y no solo conformarnos, sino uniformarnos con las disposiciones de Dios. La conformidad importa que nosotros

dirijamos nuestra voluntad segun la de Dios; pero la uniformidad importa además que de la voluntad divina y de la nuestra hagamos una sola voluntad; así que, no queramos sino lo que quiere Dios, y que la sola voluntad de Dios sea la nuestra. Esto es lo sumo de la perfeccion á que debemos aspirar siempre: esta ha de ser la mira de todas nuestras obras, de todos nuestros deseos, meditaciones y suplicas. A conseguirlo debemos rogar que nos ayuden todos nuestros santos intercesores y nuestros Angeles custodios, y sobre todo la divina Madre María, que fué la mas perfecta de todos los santos; porque fué la que mas perfectamente abrazó siempre la divina voluntad.

Pero la dificultad está en abrazar la voluntad de Dios en todas las cosas que sobrevengan, ya prósperas, ya adversas á nuestros apetitos. En las prósperas, hasta los pecadores saben muy bien uniformarse con la voluntad divina; pero los Santos se uniforman tambien en las que contrarian, disgustan ó lastiman el amor propio; y en esto se conoce la perfeccion del amor que tenemos á Dios. Decia el beato Juan de Avila: *Vale mas un bendito sea Dios en las cosas adversas, que seis mil acciones de gracias por las que nos son agradables.*

Además, es preciso uniformarse con el divino querer no solo en las cosas adversas que nos vienen directamente de Dios, como son las

enfermedades, la desolacion de espíritu, la pobreza, la muerte de los parientes y otras semejantes; sino tambien en aquellas que nos vengan por medio de los hombres, como son los desprecios, las infamias, las injusticias, los hurtos, y toda especie de persecuciones. Sobre esto es preciso saber, que cuando alguno nos ofende en la fama, en el honor, en los bienes, aunque el Señor no quiere el pecado del ofensor, quiere no obstante nuestra humillacion, nuestra pobreza, nuestra mortificacion. Es indudable y es de fe que todo cuanto en el mundo sucede, todo sucede por quererlo así Dios. *Ego Dominus formans lucem et tenebras, faciens pacem et creans malum. (Is.*

45, 7.) De Dios vienen todos los bienes y todos los males, esto es, todas las cosas que contrarian nuestros deseos y que nosotros llamamos falsamente males, pues en realidad son bienes cuando los recibimos gustosos de su mano soberana: *¿Habrà algun mal en la ciudad que el Señor no haya hecho?* (*Amos* 3, 6.) Y antes lo dijo el Sabio: *El bien y el mal, la vida y la muerte vienen de Dios.* (*Eccl.* 12, 14.) Verdad es, como he dicho ya, que cuando un hombre te ofende injustamente, no quiere Dios el pecado de aquél, ni concurre á su malicia con su voluntad, pero concurre generalmente á la accion material con la que aquél te hiere, te roba ó te injuria; así que, la ofensa que

sufres, ciertamente la quiere Dios, y de sus manos te viene. Por esto, y en este sentido decia el Señor á David, que él era el autor de los ultrajes que debia hacerle Absalon, hasta arrebatarle sus esposas delante de sus propios ojos, en castigo de sus pecados. *Ecce ego suscitabo super te malum de domo tua, et tollam uxores tuas in oculis tuis et dabo proximo tuo.* (2. *Reg.* 12, 11.) Por esto dice tambien á los Hebreos que en pena de su iniquidad les enviará los Asirios para despojarlos y arruinarlos. *Assur virga furoris mei..... mandabo illi, ut auferat spolia et diripiat prædam.* (*Is.* 10, 15.) Y á este propósito esclama San Agustin: *Impietas eorum tamquam securis Dei facta est.* (*In Ps.* 37.)

Sirvióse Dios de la iniquidad de los Asirios como de una cuchilla para castigar á los Hebreos. Y el mismo Jesus dice á S. Pedro que su pasion y muerte no tanto le venia de los hombres como de su mismo Padre: *Calicem quem dedit mihi Pater, non vis ut bibam illum?*

Job, cuando viene el mensajero, (que dicen era el demonio) á noticiarle que los Sabeos le habian robado todas sus riquezas, y le habian muerto los hijos, ¿qué es lo que respondió el Santo? *Dominus dedit, Dominus abstulit.* (1, 21.) No dice, el Señor me ha dado los hijos y los bienes y los Sabeos me los han quitado; sino, el Señor me los dió y el Señor me los ha quitado; porque bien conocia que aquella

pérdida era voluntad de Dios, y por esto añadió: *Como agradó al Señor, así se ha hecho: bendito sea el nombre del Señor.* No debemos, pues, considerar los trabajos que nos sobrevengan como hijos del acaso ó de la culpa de los hombres, sino que debemos estar íntimamente convencidos que todo cuanto acontece, acontece por voluntad divina. *Quidquid hic accidit contra voluntatem nostram, noveris non accidere nisi de voluntate Dei.* (*D. Aug. in Ps.* 148.) Epiteto y Aton, (*Rowcid. l.* 1) mártires dichosos de Jesucristo, puestos por el tirano en el tormento, desgarrados con garfios de hierro, abrasados con teas ardientes, no proferian mas palabras que estas: Señor, cúmplase en nos-

otros tu voluntad. Y junto al lugar del suplicio, esclamaron en alta voz: Bendito seais, eterno Dios, porque vuestra voluntad se ha cumplido en nosotros enteramente.

Cuenta Cesareo (*lib.* 10, *cap.* 6) que cierto religioso, si bien en lo esterior no se diferenciaba de los demás, habia llegado á tal grado de santidad que con solo el tacto de los vestidos curaba los enfermos. Maravillado de esto su superior le dijo un dia, cómo obraba tales prodigios no llevando una vida mas ejemplar que los demás. Respondió él que no era menor su admiracion y que no sabia atinar el motivo. Mas ¿qué devocion practicais? le preguntó el abad. Contestó el buen religioso que él nada ó muy

poco hacia; tan solo habia tenido siempre gran cuidado de querer únicamente aquello que Dios queria, y que el Señor le habia concedido la gracia de tener su voluntad enteramente abandonada á la de Dios. Ni la prosperidad, dijo, me afecta, ni la adversidad me abate, porque todo lo tomo de la mano de Dios, y todas mis oraciones se reducen á un objeto, esto es, que su voluntad se cumpla en mí perfectamente. Y de aquel perjuicio, repuso el superior, que el otro dia nos causó nuestro enemigo en quitarnos nuestro sustento, incendiando el lugar donde estaban nuestros trigos y nuestros ganados, ¿no tuvisteis ninguna pena? No, Padre mio, le respondió, antes

bien dí gracias á Dios como acostumbro hacerlo en lances semejantes, sabiendo que Dios todo lo hace para su gloria y para nuestro mayor bien, y de este modo vivo siempre contento, suceda lo que sucediere. El abad, que con tales respuestas vió en aquella alma tanta uniformidad con la voluntad divina, ya no se maravilló de que hiciese tan estupendos prodigios.

El que así lo hace, no solo se santifica, sino que disfruta aun en este mundo de una perpetua paz. Alfonso el Grande (*Panorm. in vita*) rey de Aragon, príncipe muy sabio, preguntado un dia que hombre tenia él por mas feliz en este mundo, respondió: aquel que se abandona á la voluntad de Dios, y

que recibe de su mano todas las cosas tanto prósperas como adversas: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum. (Rom.* 8.) Los amantes de Dios viven siempre contentos, porque todo su placer consiste en cumplir la divina voluntad aunque sea en las cosas contrarias: por donde las penas mismas se les convierten en dulzuras pensando que aceptándolas dan gusto á su amado Señor: *Non contristabit justum quidquid ei acciderit. (Prov.* 10, 11.) Y en realidad ¿qué mayor contento puede sentir un hombre que mira siempre cumplido lo que desea? Cuando alguno, pues, no quiere sino lo que quiere Dios, sucediendo todo lo que pasa en el mundo, menos el pecado, por vo-

luntad de Dios, sucede de consiguiente todo lo que él quiere. Refiérese en la vida de los Padres, de un hacendado, cuyas tierras le producian mucho mayor fruto que á los demás. Preguntado como tal le sucedia, respondió que no les maravillase, porque tenia siempre el tiempo á medida de su gusto. ¿Y como? le dijeron. Sí, replicó, porque no quiero otro tiempo sino el tiempo que quiere Dios, y conforme él lo quiere, y así él me da los frutos como los quiero yo. Las almas resignadas, dice Salviano, si son humilladas, quieren serlo; si padecen indigencia, quieren ser pobres; en una palabra, cuanto les sucede, aquello quieren, y por esto son felices en esta vida. *Humiles sunt*,

hoc volunt; pauperes sunt, pauper-tate delectantur; itaque beati dicendi sunt. Viene el frio, el calor, la lluvia, el viento, y todo el que está unido á la divina voluntad, dice, quiero que haga frio, que haga calor, que haga viento, que llueva, porque así lo quiere Dios. Viene la pobreza, la persecucion, la enfermedad, la muerte, y dice el fiel cristiano, yo quiero ser pobre, perseguido, enfermo; quiero hasta morir, porque así Dios lo quiere.

Esta es la feliz libertad de que disfrutan los hijos de Dios, que vale mas que todos los honores y todos los imperios de la tierra. Esta es la escelente paz de que gozan los Santos, la cual *exsuperat omnem sensum* (*Eph.* 3, 2); escede á

todos los placeres de los sentidos, á todos los festines y banquetes, á todos los honores y á todas las demás satisfacciones del mundo, las cuales, como son vanas y caducas, por mas que halaguen el sentido en los cortos momentos de su fruicion, con todo, no satisfacen, antes afligen el espíritu en donde reside el verdadero contento. Y por esto Salomon, despues de haber apurado el cáliz de todos los deleites de la tierra, esclama lleno de afliccion: *Todo esto es vanidad y afliccion de espíritu.* (*Ecclesiast.* 4, 6.) *Stultus*, (dice el Espíritu Santo) *sicut luna mutatur*, *sapiens in sapientia manet sicut vult.* (*Eccl.* 27, 12.) El necio, esto es, el pecador, es mudable

como la luna, que hoy crece, mañana mengua: hoy le vereis reir, mañana llorar: hoy manso, mañana enfurecido como un tigre. ¿Y sabeis porqué? porque su contentamiento depende de la prosperidad ó adversidad de lo que le pasa, y por esto se muda, como se mudan las cosas que le acontecen. Mas el justo es como el sol, siempre igualmente sereno en cualquier acontecimiento, porque su mayor, su único contento, es el uniformarse con la voluntad divina, y por esto goza de una paz imperturbable: *Et in terra pax hominibus bonæ voluntatis* (*Luc.* 2, 15), dijo el ángel á los pastores. ¿Y quienes son estos hombres de buena voluntad, sino aquellos que están siempre unidos

á la voluntad de Dios, que es lo sumo de la bondad y de la perfeccion? *Voluntas Dei bona, beneplacens et perfecta.* Y en verdad, porque Dios no quiere sino lo mejor y lo mas perfecto.

Los santos en este mundo, conformándose con la voluntad de Dios, han sentido el goce de un anticipado paraiso. Los antiguos Padres, dice S. Doroteo, se conservaban en perfecta paz, aceptando gustosos de la mano de Dios todo cuanto les sobrevenia. Santa María Magdalena de Pazzi, al oir nombrar solamente *Voluntad de Dios* sentia tan inefable consuelo que quedaba arrobada y como fuera de sí en éstasis de amor. Y si bien es indispensable que las ad-

versidades afecten nuestra sensibilidad, con todo esta sensacion no pasará de la parte inferior; pero en la superior del espíritu reinará la paz y la calma, estando la voluntad unida á la de Dios. *Gaudium vestrum* (decia el Redentor á los apóstoles) *nemo tollet a vobis. Gaudium vestrum sit plenum.* (*Jo.* 16, 22 y 24.) Nadie os quitará vuestro gozo interior, gozo el mas completo de todos. El que une su voluntad á la de Dios tiene un gozo lleno y perpetuo: lleno, porque tiene cuanto quiere, como hemos dicho ya; perpetuo, porque nadie es capaz de quitárselo, pues nadie puede impedir que en todo se cumpla la voluntad de Dios.

Cuenta de sí mismo el P. Juan

Taulero (segun el *P. Sangiure Erar. tom.* 3.º *y el P. Nieremb. vit. Dev.*) que despues de haber rogado por muchos años al Señor que se dignase enseñarle la verdadera vida espiritual, oyó un dia cierta voz que le decia: Vé á tal iglesia y encontrarás lo que pides. Fuése realmente á la iglesia, y halló en la puerta un miserable mendigo, descalzo y andrajoso, y le saludó diciéndole: buenos dias, amigo. Respondió el pobre: señor maestro, no tengo memoria de haber pasado un dia malo. Dios, replicó el Padre, os conceda una dichosa vida. Y dijo entonces el pobre: nunca he sido yo infeliz. Y añadió despues: atended, Padre mio, que no sin razon he dicho no haber nun-

ca tenido un mal dia; pues cuando tengo hambre, alabo á Dios; cuando nieva ó llueve le bendigo: si alguno me desprecia ó me desecha, si sufro alguna otra miseria, siempre glorifico á mi Dios. He dicho tambien que nunca he sido infeliz; y esto es una verdad, porque me he acostumbrado á querer todo aquello que quiere Dios, sin reserva; motivo por el cual, todo cuanto me acontece, sea dulce, ó amargo, lo recibo de su mano con alegría, como lo que mas me conviene, y en esto consiste toda mi felicidad. Y si por ventura, replicó el padre Taulero, os quisiese Dios condenado, ¿qué diriais entonces? Si esto quisiera Dios, contestó el mendigo, con la humildad y con todo el

amor que le tengo, me abrazaria con el Señor, y tan fuerte le estrechára, que si quisiese precipitarme en el infierno, seria menester que viniese conmigo, y de este modo me seria mas dulce estar con él en el infierno, que poseer sin él todas las delicias del cielo. ¿Y en dónde habeis hallado á Dios? dijo el Padre. Yo, respondió, hallé á Dios en el punto mismo en que dejé á las criaturas.—¿Y quién sois vos? —Soy un rey, contestó el pobre. —¿Y en dónde está vuestro reino? —Está en mi alma, en donde lo tengo todo en órden: las pasiones obedecen á la razon, y la razon obedece á Dios. Por fin, preguntóle el P. Taulero, qué era lo que le habia conducido á tanta perfec-

cion. Ha sido, respondió, el silencio, callando con los hombres para hablar con Dios, y la union que he procurado tener con mi Señor, en quien he encontrado y encuentro toda la paz de que disfruto. En suma, tal vino á ser este pobre, por la union que tenia con la divina voluntad; y no hay duda que en el seno de su indigencia fué mas rico que todos los monarcas de la tierra, y en sus sufrimientos y penas mas dichoso que todos los mundanos nadando en sus delicias mundanales.

¡Oh! qué locura la de aquellos que repugnan á la divina voluntad! Esta repugnancia no les libra de sufrir los trabajos, pues nadie puede impedir que se cumplan los de-

cretos divinos: *Voluntatis ejus quis resistit?* (*Rom.* 9, 19.) Y es lo mas sensible que los han de sufrir sin fruto, y al mismo tiempo llaman sobre sí mayores castigos por la otra vida, y mayor inquietud en esta. *Quis resistit ei et pacem habuit?* (*Job* 24.) Grite cuanto quiera el enfermo en el lecho de sus dolores; quéjese de Dios el pobre en su miseria, rabie, blasfeme cuanto quiera, no por esto evitará su mal, antes le hará mucho peor. *Quid quæris homuncio quærendo bona?* dice S. Agustin, *quære unum bonum in quo sunt omnia bona.* ¿Qué vas buscando, hombrecillo, fuera de tu Dios? procura hallar tu Dios, únete á él, estréchate con su voluntad, y vivirás siempre feliz en esta y en la otra vida.

¿Y qué otra cosa quiere nuestro Dios sino nuestro propio bien? ¿Quién podremos encontrar que nos ame mas que Dios? Su voluntad no es otra sino que nadie se pierda, que todos se salven y se hagan santos. *Nolens aliquos perire, sed omnes ad pœnitentiam reverti.* (2 *Petr.* 3, 9.) *Voluntas Dei sanctificatio vestra.* (1 *Thess.* 4, 3.) En nuestro bien ha colocado Dios su gloria, pues siendo él por su naturaleza bondad infinita, como dice S. Leon, *Deus cujus natura bonitas*, y deseando la bondad por su naturaleza difundirse, tiene Dios un sumo deseo de hacer partícipes las almas de sus bienes y de su felicidad. Y si les envia tribulaciones en esta vida, todas son para

nuestro mayor bien: *Omnia cooperantur in bonum.* (*Ad Rom.* 8, 28.) Hasta los castigos, dice Judith, no vienen de Dios para nuestra ruina sino á fin de que nos enmendemos y salvemos: *Ad emendationem non ad perditionem nostram credamus.* (*Ibid.* 8, 17.) El Señor, á fin de salvarme de los males eternos me circuye y escuda con su buena voluntad. *Domine, ut scuto bonæ voluntatis tuæ coronasti nos.* (*Ps.* 5, 1.) ¿Y qué cosa nos negaria aquel Dios, dice S. Pablo, que nos dió á su mismo Hijo? *El que aun á su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros; ¿cómo no nos donó tambien con él todas las cosas?* (*Rom.* 8, 32.) Con esta confianza, pues, debemos abandonarnos á las

divinas disposiciones, que se dirigen todas á nuestro bien. Digamos, pues, en cualquier acontecimiento: En paz dormiré y descansaré, porque solo vos, Señor, habeis asegurado mi esperanza. *In pace in idipsum dormiam et requiescam, quoniam tu Domine, singulariter in spe constituisti me.* (*Ps.* 4.) Pongámonos todos en sus benéficas manos, pues indudablemente cuidará de nosotros. *Omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis.* (1 *Petr.* 5, 7.) Pensemos, pues, en Dios y en cumplir su santa voluntad, que él pensará en nosotros y en nuestro bien. Hija mia, decia el Señor á Santa Catalina de Sena, piensa en mí, que yo jamás te olvidaré. Diga-

mos á menudo con la Esposa de los Cantares: *Dilectus meus mihi et ego illi.* (*Cant.* 2, 9.) Mi amado piensa en mi felicidad; yo no quiero pensar sino en darle gusto y en unirme en todo con su santo querer. Decia el santo abad Nilo, que no debemos rogar al Señor que permita aquello que nosotros queremos, sino que se cumpla en nosotros su santa voluntad. Y cuando nos sobrevengan las desgracias, aceptémoslas todas de la divina mano no solo con paciencia sino con alegría, á imitacion de los apóstoles, que se *presentaban gozosos ante los tribunales, por ver que se les consideraba dignos de padecer afrentas por el nombre de Cristo.* (*Act.* 3, 41.) ¿Y qué mayor contento que el de una alma

la cual, si sufre algun trabajo sabe que con aquel espontáneo sufrimiento da á Dios el mayor gusto que puede darle? Dicen los maestros de espíritu, que si bien agradece Dios el deseo que tienen algunas almas de padecer por darle gusto, mas le place, sin embargo, la conformidad de aquellas que no quieren ni gozar ni padecer; sino que resignadas enteramente á su voluntad santa, no desean otra cosa que cumplir lo que él quiere.

Si quieres pues, alma devota, agradar á Dios, y vivir en este mundo una vida contenta, únete siempre y en todo á la divina voluntad. Considera que todos los pecados de tu vida tan amarga como desordenada han sucedido

porqué te has apartado de la voluntad de Dios. Abrázate, pues, de ahora en adelante con el divino beneplácito, y dí siempre en todo lo que te suceda: *Ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante te.* (*Matth.* 11, 26.) Hágase así, Señor, porque así te place. Cuando te sientas turbado por algun adverso acontecimiento, piensa que aquello ha venido de Dios; por donde, dí al momento: *Así lo quiere Dios*; y ponte en paz: *Obmutui et non aperui os meum, quoniam tu fecisti.* (*Ps.* 38, 10.) Señor, ya que vos lo habeis hecho, enmudezco y acepto. A este intento es menester que adereces todos tus pensamientos y tus oraciones, esto es, á procurar, á rogar siempre á Dios en la medi-

tacion, en la comunion, en la visita al SS. Sacramento que te haga cumplir su voluntad. Y tú ofrécete siempre á tí mismo diciendo: Dios mio, aquí me teneis; haced de mí y de todas mis cosas vuestra santísima voluntad. Este era el ejercicio contínuo de Sta. Teresa; cincuenta veces al dia, á lo menos, se ofrecia la Santa al Señor para que de ella dispusiese como fuera de su agrado.

¡Feliz de tí, lector mio, si así siempre lo haces! santo te harás ciertamente, tendrás una vida contenta, y una muerte mas feliz. Cuando pasa alguno á la otra vida, toda la esperanza que se concibe de su salvacion se funda en la presuncion de si ha muerto ó no resignado. Si tú así como habrás abra-

zado en vida todas las cosas venidas de Dios, abrazas tambien la muerte para cumplir su divina voluntad, indudablemente te salvarás y morirás como un santo. Abandonémonos, pues, todos sin reserva al beneplácito de aquel Señor, que siendo sapientísimo, conoce lo que mejor nos conviene, y siendo amantísimo, pues dió la vida por nuestro amor, quiere tambien para nosotros lo mejor. Estemos, pues, firmemente seguros y persuadidos, dice S. Basilio, que Dios cuida de nuestro bien, mucho mejor incomparablemente de lo que podemos hacer ó desear nosotros.

Pero vamos á ver ahora prácticamente en que cosas hemos de conformarnos con la voluntad de Dios.

Debemos en primer lugar conformarnos en las cosas naturales que acontecen fuera de nosotros, como cuando hace gran calor, gran frio, llueve, hay carestía, peste, ú otras calamidades. Guardémonos de decir ¡que calor tan insoportable! que horrible frio! que desgracia! que mala ventura! que tiempos tan desdichados! ú otros términos semejantes, en aquel sentido, se entiende, que nuestra repugnancia á la voluntad de Dios. Todo debemos quererlo como es realmente, porque Dios es quien todo lo dispone. S. Francisco de Borja, llegando una noche á una casa de la Compañía en tiempo frio y nebuloso, llamó varias veces, pero como los padres dormian no se le abrió. Venido

el dia, manifestáronle aquellos religiosos el mayor sentimiento de haberle hecho esperar al descubierto; pero les dijo el Santo haber recibido en aquel tiempo un gran consuelo al pensar que Dios era quien le echaba aquellos copos de nieve.

En segundo lugar debemos conformarnos en lo que sucede dentro de nosotros, como el sufrir hambre, sed, pobreza, desolacion, deshonra. En cada una de estas cosas debemos decir siempre: Señor, vos haceis y deshaceis como os place; contento estoy, y solo quiero lo que quereis vos. Y esto mismo debemos tambien responder en aquellos supuestos casos que el demonio á veces nos sugiere en el pensamiento, á fin de ha-

cernos caer en algun culpable consentimiento, ó á lo menos para inquietarnos. Si tal persona te dijese tal palabra, si te hiciera tal accion, ¿qué dirias? qué harias? Respondamos siempre: *Diria ó haria lo que Dios quiere.* Y de este modo nos libraremos de toda falta ó inquietud.

En tercer lugar si tenemos algun defecto natural de alma ó de cuerpo, mala memoria, ingenio tardo, poca habilidad, miembro estropeado, salud débil, no por esto debemos lamentarnos. ¿Qué mérito teníamos nosotros, ó qué obligacion tenia Dios de darnos una inteligencia mas sublime, un cuerpo mas bien formado? no podia él criarnos brutos? no podia

dejarnos en nuestra nada? ¿Quién se ha visto que recibiese algun don, y fuese imponiendo pactos al donador? Démosle gracias, pues, de lo que por pura bondad nos ha dado, y contentémonos del cómo nos ha hecho. ¿Quién sabe si, teniendo nosotros mayor talento, salud mas robusta, ó mas gallardía y gracia nos habíamos de perder? ¿A cuantos su talento y ciencia ha sido ocasion de perderse, llenándolos de vanidad y de desprecio hácia los demás; peligro en que se hallan mas fácilmente los que descuellan sobre los otros en ciencia y en talento? Para cuantos la hermosura y el vigor corporal fué ocasion de precipitarse en mil pecados? Y al contrario, ¿cuantos otros por ser

pobres ó enfermos, ó deformes en su figura se hicieron santos y se salvaron, que si hubiesen sido ricos, sanos, ó de bella presencia se hubieran condenado? Y así contentémonos de lo que Dios nos ha dado: *En verdad una sola cosa es necesaria.* (*Luc.* 10, 42.) No es necesaria la belleza, ni la sanidad, ni la agudeza de ingenio: solo el salvarse es necesario.

En cuarto lugar, y muy especialmente es preciso que estemos resignados en las enfermedades corporales, y debemos abrazarlas voluntariamente por aquel tiempo y en aquel modo que quiere Dios. Debemos, no obstante, recorrer á los remedios ordinarios, porque así lo quiere tambien el Señor:

mas si estos no ayudan, unámonos con la voluntad de Dios, que nos ayudará mucho mas que la salud misma. Por cierto que es mayor virtud en las enfermedades no lamentarse de los dolores; mas cuando estos fuertemente nos afligen, no es falta el desahogarnos con nuestros amigos, y rogar al Señor que nos libre de aquellos padecimientos. Entiendo hablar de los dolores vehementes, pues muchos son los que faltan, queriendo por el mas leve dolor ó disgusto, que todo el mundo venga á compadecerse de ellos, y á lamentarse á su lado. Por lo demás, el mismo Jesucristo, viéndose cercano á su amarguísima pasion, comunicó su pena á sus discípulos: *Triste está*

mi alma hasta la muerte. (*Matth.* 26, 38.) Y rogó á su eterno Padre que le librase de beber aquel cáliz: *Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste.* (*Ib.* 39.) Pero el mismo Jesucristo nos enseñó lo que debemos hacer en tales súplicas, esto es, resignarnos luego á la divina voluntad, añadiendo: *Verumtamen, non sicut ego volo, sed sicut tu.* Con todo, no se cumpla mi voluntad sino la tuya.

¡Qué ceguera la de aquellos que dicen desear la salud, no para verse libres de las penas, sino para servir mas perfectamente al Señor, observar las reglas, servir á la comunidad, ir á la iglesia, comulgar, hacer penitencia, estudiar, dedicarse á la salud de las almas confe-

sando ó predicando! Mas, pregunto yo, devoto mio, dime, ¿porqué deseas todo esto? ¿Por dar gusto á Dios? ¿Y qué vas buscando, cuando estás cierto que el gusto de Dios no es que tú ores, comulgues, hagas penitencia, estudies ó prediques, sino que sufras con paciencia aquella enfermedad, aquellos dolores que te envia? Junta entonces tus dolores á los de Jesucristo. Pero lo que me desagrada, dirás quizá, es, que estando enfermo soy un miembro inútil, y solo sirvo de carga á la comunidad ó á la casa. Mas así como tú te resignas á la voluntad de Dios, debes tambien creer que tus superiores ó familiares se resignan á ella viendo que no por desidia tuya sino por disposicion de

Dios causas aquel gravámen á la casa. ¡Ah! que estos deseos y lamentos no nacen del amor de Dios, sino del amor propio, que va buscando pretestos para alejarte de la voluntad de Dios! ¿Queremos dar gusto á Dios? Cuando nos veamos sepultados en un lecho, digamos al Señor esta sola palabra: *Fiat voluntas tua*; y repitámosla ciento y mil veces, y con esto solo daremos mas gusto á Dios de lo que le diéramos con cuantas mortificaciones y devociones pudiéramos practicar. No hay mejor modo de servir á Dios que abrazando alegremente su voluntad. El venerable P. M. Avila (*Carta* 2.ª) escribia á un sacerdote enfermo: « Amigo, no entres »en cuentas contigo mismo sobre

»lo que harias estando en salud, »antes conténtate de estar enfer- »mo todo el tiempo que Dios qui- »siere. Si solo buscas como cum- »plir la voluntad de Dios, ¿qué te »importa el estar sano ó enfermo?» Y en verdad que tenia razon el Venerable, porque Dios no queda glorificado con nuestras obras, sino con nuestra resignacion y conformidad con su santo beneplácito. Por esto decia tambien S. Francisco de Sales, que mas sirve con Dios el padecer que el obrar.

Muchas veces fallarán los médicos y las medicinas, ó quizás el médico no acertará en conocer nuestra enfermedad, y en estos casos preciso es tambien conformarse con la divina voluntad, que lo dis-

pone para nuestro bien. Refiérese de un hombre devoto de santo Tomás Cantuariense (l. 5, c. 1) que estando enfermo fué á visitar el sepulcro del Santo para alcanzar la salud. Regresó sano á su patria, pero decia despues consigo : mas si esta enfermedad me ayudase á salvarme, ¿de qué me sirve la salud de que disfruto? Con este pensamiento volvió al sepulcro, y rogó al Santo que pidiese á Dios lo que fuese mas conveniente para su eterna salud, y hecho esto, volvió á recaer en la enfermedad, de lo cual estuvo muy contento, teniendo por cierto que Dios así lo disponia para su bien. Cuenta asimismo Susio que un ciego recibió la vista por intercesion del obispo

S. Bedasto; pero despues rogó en sus oraciones, que si aquella vista no era conveniente para su alma, volviese ciego como antes, y despues de haber rogado, quedó efectivamente ciego como habia sido. Cuando estemos pues enfermos, lo mejor es que no pidamos ni la enfermedad ni la salud, sino que nos abandonemos á la voluntad de Dios para que disponga de nosotros como la plazca. Mas si queremos procurar la salud pidámosla á lo menos siempre con resignacion, y condicionalmente si la salud del cuerpo conviene á la salud del alma; de otro modo semejante súplica seria imperfecta, y no será oida, porque el Señor no escucha tales súplicas, si no las acompaña la resignacion.

Al tiempo de la enfermedad le llamo yo piedra de toque para el espíritu, porque en él se descubre de que quilate es la virtud que tiene el alma. Si esta no se inquieta, no se lamenta, sino que obedece á los médicos, á los superiores, y permanece tranquila y resignada enteramente á la divina voluntad, señal es que en ella hay un fondo de virtud. Mas ¿qué se dirá de un enfermo que se lamenta y se queja de falta de asistencia? que sus penas son insoportables, que no encuentra remedio ni ayuda en su mal; que el médico es un ignorante, y hasta quizás se queja de que Dios aprieta demasiado la mano. Refiere San Buenaventura, en la vida de San

Francisco (*cap.* 14), que hallándose el Santo afligido de dolores estraordinarios, uno de sus religiosos, por pura simplicidad, le dijo: Padre, rogad á Dios que os trate un poco mas suavemente, porque parece que aprieta demasiado la mano. Lo cual oyendo San Francisco, dió un grande grito y esclamó: Escuchad, si yo no supiese que lo que decís nace de sencillez, no os quisiera ver nunca mas, por haberos atrevido á reprender los juicios de Dios. Y dicho esto, aunque muy débil y estenuado por el mal, saltó del lecho en tierra, y besándola dijo: Señor, gracias os doy por todos los dolores que os dignais enviarme, y aun os suplico que me envieis mas, si tal

es vuestro querer. Mi gusto es que me aflijais sin lástima, porque el cumplimiento de vuestra voluntad es el mayor consuelo que en esta vida puedo tener.

Asimismo debemos portarnos en la pérdida que tal vez suframos de las personas útiles á nuestro provecho temporal ó espiritual. Muy á menudo faltan en esta parte las almas devotas, no resignándose á las divinas disposiciones. Nuestra santificacion no nos ha de venir de los padres espirituales, sino de Dios. Ya quiere Dios que nos valgamos de directores para la guia del espíritu, cuando nos los da; pero cuando nos los quita quiere que nos contentemos, aumentando entonces la confianza en su divina

bondad, diciendo: Señor, vos me habiais dado esta ayuda; ahora me la habeis quitado: cúmplase siempre vuestra voluntad; mas ahora suplid vos, y enseñadme qué debo hacer para serviros. Y de este mismo modo hemos de aceptar de las manos de Dios todas las demás cruces que nos envie. Mas, direis tal vez, estas penas son castigos que Dios envia en esta vida; no son gracias ni beneficios. Si le habíamos ofendido, debíamos de un modo ú otro satisfacer la divina justicia en esta vida ó en la otra. Por esto debemos decir todos con S. Agustin: *Hic ure, hic seca, hic non parcas, ut in æternum parcas.* Abrasa aquí, seca, no perdones, para que en la eternidad perdones;

y con el santo Job: *Hæc sit mihi consolatio, ut affligens me dolore, non parcas.* (6, 10.) Y mi consuelo seria que sin perdonarme, fuese afligiéndome con dolores. El que ha merecido el infierno, debe consolarse al ver que Dios le castiga, pues esto debe animarle y hacerle esperar que Dios quiera librarle del eterno castigo. Digamos, pues, en los castigos que Dios envia, lo que decia el sacerdote Helí: *Dominus est; quod bonum est in oculis suis, faciat.* (*Lib.* 1 *Reg.* 3, 18.) Es el Señor; haga pues lo que parezca bueno á sus divinos ojos.

Debemos además estar resignados en las desolaciones de espíritu. Suele el Señor, cuando un alma se entrega á la vida espiri-

tual, llenarla, colmarla de celestes consolaciones para despegarla de los gustos del mundo; pero despues, cuando la ve mas arraigada en la vida del espíritu, retira su mano para probar el amor que le tiene, y ver si le sirve y ama sin paga acá en la tierra de gustos sensibles. *Mientras se vive*, dice Santa Teresa, *no está la ganancia en procurar gozar mas de Dios, sino en hacer su voluntad.* Y en otro lugar: *No consiste el amor de Dios en ternezas, sino en servirle con fortaleza y humildad* Y en otro pasaje: *Con aridez y tentaciones prueba Dios á los que ama.* Agradezca al Señor el alma cuando se ve acariciada con dulzura; mas no debe afligirse é inquietarse cuando se ve abando-

nada en desolacion. Preciso es tener mucho cuidado en este punto, porque algunas almas, sintiéndose áridas, piensan que Dios las ha abandonado, ó que no hace para ellas la vida espiritual; y así dejan la oracion y pierden todo cuanto han trabajado. No hay tiempo mas precioso para ejercitar nuestra resignacion á la voluntad de Dios, que la ocasion en que se esperimenta aridez de espíritu. No quiero yo decir que no sintais pena en veros privadas de la presencia sensible de vuestro Dios: semejante privacion no puede dejar de hacer sufrir al alma, cuando el mismo Redentor se lamentó de ella, pendiente de la cruz: *Dios mio, Dios mio, ¿porqué me has desamparado?*

(*Matt.* 27, 46.) Mas en medio de su pena, debe del todo resignarse á la voluntad de su Señor. Todos los Santos han padecido estas desolaciones y abandonos de espíritu. ¿Qué dureza de corazon es la que siento? esclamaba S. Bernardo: ningun saber encuentro en la leccion, ni me place el meditar, ni el orar. Por lo comun los Santos han probado mas aridez que consolacion de espíritu. Estas consolaciones sensibles no las concede el Señor sino muy rara vez, y tal vez á las almas mas débiles, para que no se arredren en el camino espiritual: las delicias que hacen parte de la corona del premio se las guarda para el paraíso. La tierra en que habitamos es lugar de adquirir

méritos por medio de los sufrimientos: el cielo es el lugar de las mercedes y de los goces. Así que en este mundo lo que han deseado y buscado los Santos no es el fervor sensible con el gozar, sino el fervor de espíritu con el padecer. Decia el venerable Juan de Avila: *(Audi fil. c. 26.) Oh! cuanto mejor es estar en aridez y tentaciones con la voluntad de Dios, que en la contemplacion sin ella!*

Dirás tal vez: si yo supiera que semejante desolacion viene de Dios, estaria contento; pero lo que me aflige y me inquieta es el temor de que venga por culpa mia, ó en castigo de mi tibieza. Pues bien, quitad la tibieza y poned un poco mas de celo. Mas, porque os hallais

en alguna oscuridad de espíritu, ¿quereis inquietaros, dejar la oracion, y labrar así vuestra desgracia? Acepta, cristiano, la aridez por castigo, como tú dices. Y este castigo ¿quién te lo envia? ¿No es Dios? Acéptale, pues, como castigo que tienes muy bien merecido, y únete estrechamente con la divina voluntad. ¿No dices tú que eres digno del infierno? por qué, pues, te lamentas ahora? mereces acaso que Dios te envie consuelos? ¡Ah! conténtate del modo con que te trata Dios, prosigue la oracion y la senda que has empezado, y teme de hoy en adelante que tus lamentos no provengan de poca humildad y de poca resignacion á la voluntad de Dios. Cuando un alma se pone

en oracion, no puede sacar de ella mayor provecho que unirse á la divina voluntad. Y así, resígnate, y dí: Señor, yo acepto esta pena de vuestras manos, y la acepto en cuanto agrada á vos; si quereis que yo sufra esta afliccion por toda la eternidad, contento estoy tambien. Y así, aquella oracion, bien que fatigosa, te ayudará y servirá mas que todas las dulzuras y todos los consuelos.

Mas no siempre hemos de pensar que la aridez sea castigo, pues muchas veces la dispone Dios para nuestro mayor provecho, y para conservarnos humildes. Para que S. Pablo no se envaneciese de los dones que habia recibido, permitió el Señor que fuese atormentado

de tentaciones impuras: *Y para que la grandeza de las revelaciones no me ensalce. me ha sido dado un aguijon de mi carne, el ángel de Satanás, que me abofetee.* (*2 Cor.* 12, 7.) El que hace oracion sintiendo dulzura interior, no hace gran cosa. No tuvierais por verdadero amigo al que solo os acompañase en vuestra mesa, sino al que os asistiese en los trabajos, y sin ningun interés. Cuando Dios envia oscuridad y desolacion, entonces prueba á sus verdaderos amigos. Paladio padecia gran tedio en la oracion, fué á encontrar á S. Macario, y este le dijo: *Cuando el pensamiento te dice que dejes la oracion, respóndele: yo por amor de Jesucristo me contento de estar aquí à guardar las paredes de es-*

ta celda. Esta, pues, debe ser la respuesta cuando te sientas tentado á dejar la oracion, porque te parece que pierdes el tiempo: dí entonces: *Aquí estoy para dar gusto á Dios.* Decia S. Francisco de Salès, que aun cuando en la oracion no hagamos otra cosa mas que combatir con las distracciones y tentaciones, ya la oracion está bien hecha. Así dice Taulero que el que persevera en la oracion, á pesar de la aridez, Dios le hará mayor gracia que si hubiera orado mucho con gran copia de devocion sensible. Cuenta el P. Rodriguez de cierta persona que decia que en cuarenta años de oracion no habia nunca sentido consuelo alguno; pero en los dias en que la hacia, sentíase fuerte en la virtud; mas si algun dia la dejaba,

esperimentaba una flaqueza tal que le hacia inhábil para toda cosa buena. Dicen S. Buenaventura y Gerson que muchos sirven mas á Dios no pudiendo lograr el deseado recogimiento, que si realmente le tuviesen, pues de este modo viven con mayor diligencia y humildad; y de lo contrario tal vez se envanecieran y serian menos fervorosos, pensando haber encontrado ya lo que buscaban. Y lo que decimos de la aridez de espíritu, es aplicable igualmente á las tentaciones. Debemos poner el mayor cuidado en apartar las tentaciones; mas si quiere Dios ó permite que seamos tentados contra la fe, contra la pureza ó contra otra virtud, no debemos lamentarnos, sino resignarnos tambien en esto al divino querer. A San

Pablo que rogaba ser librado de la tentacion de impureza, respondió el Señor: *sufficit tibi gratia mea.* Y así, si vemos tambien nosotros que Dios nos escucha en eximirnos de alguna molesta tentacion, digamos al Señor: Haced, Dios mio, y permitid lo que sea de vuestro agrado: básteme vuestra gracia, pero asistidme para que no la pierda jamás. No son las tentaciones las que hacen perder la divina gracia, sino el consentir á ellas. Las tentaciones, cuando por medio de la divina gracia logramos vencerlas, nos mantienen mas humildes, nos hacen adquirir mas méritos, nos hacen recorrer á Dios mas á menudo, y así nos conservan mas distantes de ofenderle, y nos unen mas íntimamente á su santo amor.

Debemos finalmente unirnos con la voluntad de Dios en cuanto á nuestra muerte, en el tiempo y en el modo que Dios la disponga. Santa Gertrudis (*l. 1 vita c. 12*) subiendo un dia una colina, resbaló y cayó en un valle. Preguntáronle sus compañeras si habia temido morir sin Sacramentos. Respondió la Santa: Mucho deseo morir con Sacramentos, pero prefiero la voluntad de Dios, pues estoy bien convencida que la mejor disposicion para morir bien es la de conformarse á lo que Dios quiere, y así yo deseo aquella especie de muerte, cualquiera que sea, que sea del agrado de Dios enviarme. Refiere S. Gregorio en sus Diálogos (1. 3, c. 37) que los Vándalos, habiendo condenado á morir cierto sacerdote

llamado Santolo, le dieron libertad para que escogiera el género de muerte que quisiera; mas el santo varon se denegó á escoger, diciendo: estoy en las manos de Dios, y recibiré la muerte que él permitirá que vosotros me hagais sufrir: no quiero otra muerte que aquella. Agradó tanto al Señor este acto heróico de conformidad, que habiendo aquellos bárbaros determinado el cortarle la cabeza, hizo detener prodigiosamente el brazo del verdugo; y á vista de este milagro, se decidieron aquellos á concederle la vida. En cuanto al modo, pues, debemos tener por la mejor muerte aquella que Dios tenga determinada. Salvadnos, Señor, digamos siempre que pensemos en nuestra muerte, y ha-

cednos morir como os plazca.

De la misma manera debemos conformarnos al cuando hemos de morir. ¿Qué otra cosa es este mundo sino una cárcel en donde estamos encerrados para padecer, y en peligro de perder á Dios á cada momento? Esto hacia esclamar á David: *Saca mi alma, Señor, de la custodia de mi cuerpo.* (*Ps.* 141, 8.) Este mismo temor hacia suspirar por la muerte á santa Teresa, la cual, cada vez que oia el reloj se consolaba con el pensamiento que habia pasado ya una hora de su vida, una hora de peligro de perder á Dios. Decia el P. M. Ávila, que cualquiera persona que se encuentre en medianas disposiciones, debe desear la muerte, por razon del peligro en que se vive de perder

la gracia divina. ¿Qué cosa mas dulce y mas apetecible que asegurarnos por medio de una buena muerte no poder ya perder jamás la gracia de nuestro Dios? Pero yo, dirás tú, nada he hecho aun, nada he adquirido para el alma. Mas si quiere Dios que ahora acabes la vida, ¿qué harias despues, si vivieras contra la voluntad de Dios? ¿Y quien sabe si entonces acabarias con tan buena muerte como puedes esperar ahora? ¿Quien sabe si, maleándose tu voluntad, cayeras en otros pecados y te condenarias? Y cuando no fuese otra cosa, no puedes, viviendo, vivir sin pecados, á lo menos ligeros. *¿Porqué pues*, esclama S. Bernardo, *porqué deseas una vida en la cual cuanto mas vivimos, tanto mas pe-*

camos? (*Med. cap.* 8.) Y es muy cierto que mas desagrada á Dios un solo pecado venial, de lo que le agradan todas las obras santas que podemos practicar.

Añadamos á esto, que quien desea friamente el paraíso, da indicios de poco amor á Dios. El que ama de veras, desea la presencia de la persona amada; y como nosotros no podemos ver á Dios, sin dejar la tierra, de ahí es que todos los Santos han suspirado por la muerte, para ir á gozar la vista de su amado dueño. Así suspiraba San Agustin: *Ah! dejadme morir para ver: Eja moriar ut videam.* Decia S. Pablo: *Deseo con ardor la disolucion de mi cuerpo para estar con Jesucristo.* (*Ad Philip.* 1, 23.) Y Da-

vid esclamaba: ¿Cuando iré á gozar de la cara de Dios? *Quando veniam et apparebo ante faciem Dei?* (*Ps.* 41, 3.) Y esto mismo desean ardientemente todas las almas enamoradas de Dios. Refiere un autor (*Flores Enrel. Graul.* 4, *c.* 68) que yendo un dia á caza un caballero en una selva, oyó un hombre que cantaba dulcemente; se internó, y encontró á un infeliz leproso, medio devorado ya por la lepra, y le preguntó si era él el que cantaba. Sí, el mismo soy, señor, respondió el leproso. ¿Y como puedes, replicó el caballero, cantar así, y estar contento con unos dolores que te van arrancando la vida? Entre Dios y yo, señor mio, contestó el paciente, no hay mas muro

de separacion que este fango de mi cuerpo: quitado este impedimento, iré á gozar de mi Dios. Y viendo que cada dia se me va cayendo á trozos, me lleno de júbilo, y canto.

Por último, aunque en los grados de gracia y de gloria, hemos tambien de conformarnos con la divina voluntad, debemos es verdad estimar todo lo que pertenece á la gloria de Dios; pero mas aun su voluntad. Debemos desear amarle mas que los serafines; pero no hemos de querer otro grado de amor que el que haya el Señor determinado darnos. Decia el P. Maestro Avila (*Audi filii. c.* 13): *No creo que haya existido santo que no haya deseado ser mejor de lo que era; mas este deseo no le quitaba la paz, pues no lo deseaba por propia ambicion,*

sino por Dios, de cuya distribucion se contentaba, aunque le hubiese dado menos: teniendo antes por verdadero amor el contentarse del que Dios le daba, que el desear tener mucho. Lo cual viene á decir, como esplica el P. Rodriguez, (*trat.* 8, *c.* 30) que si bien debemos andar muy solícitos en procurar la perfeccion por todos los medios posibles, para que no nos sirva de escusa la propia desidia y tibieza, como hacen aquellos que dicen: Dios me lo ha de dar, yo no puedo llegar sino hasta aquí; con todo, cuando faltamos, no debemos perder la paz y la conformidad á la voluntad de Dios por haber permitido nuestro defecto, ni debemos desmayar, antes bien levantarnos al momento de aquella caida, humillándonos

con el arrepentimiento; y buscando mas ayuda en el Señor, proseguir el camino. De la misma manera, aunque podemos desear juntarnos en el cielo al coro de los serafines, no ya por tener mas gloria nosotros, sino para dar mas gloria á Dios, y con mas intensidad amarle; debemos empero resignarnos á su divino querer, contentándonos con aquel grado que se digne concedernos por su misericordia.

Seria además un defecto harto remarcable el desear tener dones de oracion sobrenatural, y singularmente éstasis, visiones y revelaciones. Antes bien aconsejan los directores de espíritu que aquellas almas favorecidas de Dios con semejantes gracias, deben rogarle que les prive de ellas, paraque así el

alma le ame por medio de la simple fe, que es lo mas seguro. Muchísimos han llegado á la perfeccion sin estas gracias sobrenaturales: las virtudes son las únicas que elevan el alma á la santidad, y principalmente la conformidad á la voluntad de Dios. Y si Dios no quiere levantárnos á un grado sublime de perfeccion y de gloria, conformémonos en todo á su santa voluntad, rogándole que á lo menos nos salve por su misericordia. Y si así lo hacemos, no será corta la recompensa que por su infinita bondad nos dará nuestro buen Dios, el cual ama sobre todo las almas resignadas.

En suma, debemos mirar todo cuanto nos sucede y haya de suceder como dimanado de la mano de

Dios. Y todas nuestras acciones debemos dirigirlas al solo fin de hacer la divina voluntad, y hacerla solo porque Dios así lo quiere. Y para andar en esto con toda seguridad, es necesario que nos sujetemos á la guia de nuestros superiores en cuanto á lo esterior, y de nuestros directores en cuanto al interior, con el fin de saber por estos lo que Dios quiere de nosotros, teniendo grande fe en las palabras de Jesucristo que ha dicho: *El que á vosotros oye, á mí me oye.* (*Luc.* 10, 16.) Y sobre todo apliquémonos á servir á Dios en aquella via por la cual quiere Dios ser de nosotros servido. Digo esto para evitar el engaño de algunos que pierden el tiempo diciendo: si yo estuviese en un desierto, si entrase en un

monasterio, si habitase en otro lugar fuera de esta casa, léjos de estos parientes ó compañeros, me santificaria, haria tales penitencias, practicaria tales oraciones. Y mientras va diciendo que haria, que haria, sufre con disgusto aquella cruz que Dios le envia, y no caminando por aquella senda que Dios quiere, no se hace santo, antes va de mal á peor. Tales deseos son á veces instigaciones del demonio, pues nunca serán segun la voluntad de Dios; así que es preciso desecharlas, y animarnos á servir al Señor por aquella única senda en que nos ha puesto. Haciendo su voluntad, indudablemente nos haremos santos, en cualquier estado en que el Señor nos ponga. Queramos, pues, siempre solo lo que quiere

Dios, pues haciéndolo así, él nos unirá estrechamente con su corazon divino. A este fin, hagámonos familiares algunos pasajes de la Escritura, que nos inviten á unirnos siempre con la divina voluntad: *Domine, quid me vis facere?* Decidme, Dios mio, que quereis de mí, pues á todo estoy dispuesto. *Tuus sum ego; salvum me fac.* (*Ps.* 118, 94.) No soy ya mio, sino vuestro: haced, Señor, de mí lo que os pluguiere. Y en especial, cuando nos acontece alguna adversidad mas aflictiva, muerte de padres ó hijos, pérdida de bienes, ú otras. *Ita Pater*, (digamos siempre) *ita Pater; quia sic fuit placitum ante te.* (*Matth.* 11, 26.) Sí, Dios y Padre mio, así se haga, porque así es de tu agrado. Aprovechémonos sobre

todo con especial predileccion de la oracion enseñada por el mismo Jesucristo: *Fiat voluntas tua, sicut in cœlo et in terra.* Decia el Señor á Santa Catalina de Génova que dijese siempre el *Pater noster*, afirmándose particularmente en aquellas palabras, y rogando que su santa voluntad se cumpla en este mundo con la misma perfeccion con que la cumplen los Santos en el cielo. Hagámoslo así tambien nosotros, y nos santificaremos indudablemente.

Sea para siempre amada y ensalzada la DIVINA VOLUNTAD, *y la bienaventurada é inmaculada*
VÍRGEN MARÍA.